DEL «ARS MASTURBANDI» A LA REVOLUCION: «LIBRO DE MANUEL», DE JULIO CORTAZAR

Libro de Manuel (1) presenta cuatro líneas argumentales bien definidas: 1) la colección de recortes periodísticos sobre la insurrección y la represión políticas —principalmente en Hispanoamérica— (2), como legado histórico de Patricio y Susana a su pequeño hijo Manuel, quien tendrá, con el correr del tiempo, el testimonio del mundo caótico en que vivieron sus padres; 2) la historia de Andrés —un músico que nos recuerda al Horacio Oliveira, de *Rayuela*— y sus relaciones con Ludmilla y Francine; 3) las actividades de un grupo revolucionario franco-hispanoamericano denominado la Joda, y el secuestro de un polizonte que parece estar conectado con la CIA, y 4) la biografía del rabinito Lonstein, judío argentino inventor de un idioma compacto, paciente y obsesionado cultivador de un hongo, y verdadero artífice de la masturbación, que se gana la vida lavando cadáveres en una morgue parisiense. Por otra parte, esta obra muestra dos niveles de lectura: uno de tipo informativo, destinado a comunicar hechos verificables, y otro de tipo formativo, destinado a unir las partes del rompecabezas mítico-erótico-ideológico-anecdótico-político, etc.

Libro de Manuel marca el comienzo de una activa etapa de militancia política de Cortázar, quien en el prólogo afirma: «Más que nunca creo que la lucha en pro del socialismo lationamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor, de juego y de alegría» [LM, 8]. Esta novela es para Cortázar «un instrumento de intervención en la violenta circunstancia

---

* En su carta, fechada en París el 12 de noviembre de 1977, Cartázar, al referirse a nuestro enfoque, dice: «En cuanto al *"ars masturbandi"*, creo que usted ve la cosa con toda exactitud.»

(1) Primera edición (Buenos Aires: Sudamericana, 1973). En adelante citaremos el número de página precedido por LM, entre paréntesis.

(2) Usaremos «Hispanoamérica» o «hispanoamericano» para referirnos a los países de habla hispana del Nuevo Mundo, y para denominar lo que a ellos pertenece respectivamente. Sin embargo, hemos conservado «Latinoamérica» y «latinoamericano» en nuestras citas, o cuando aludimos también al Brasil y Haití.

cotidiana» (3), y también «el signo afirmativo frente a la escalada del desprecio y del espanto, y esa afirmación tiene que ser lo más solar, los más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares» [LM, 8]. «Esta novela —dice Cortázar— nació de un cotidiano sentimiento de horror, de vergüenza, de humillación personal como latinoamericano frente al panorama del colonialismo y el gorilismo entronizados en tantos de nuestros países» (4).

LONSTEIN Y EL «ARS MASTURBANDI»

De las cuatro líneas argumentales que señaláramos, la última es la que más agudamente denuncia, en hechos e imágenes, varios de los aspectos crónicos de la problemática del subdesarrollo hispanoamericano (5). Para ello Cortázar *echa mano a una simbología* (6) audaz y despiadada —que muchos calificarán de obscena y tacharán furiosamente de injusta—, pero que nosotros entendemos como acertada, precisa y valiente.

El subdesarrollo hispanoamericano es político antes que económico; y es posible que aquél sea el verdadero causante de éste, porque

> sea como sea, ese doble subdesarrollo ha precipitado la vocación «revolucionaria» de Latinoamérica, ya que la «revolución» parece el atajo para superar una situación marcada por la incapacidad de construir Estados democráticos modernos y economías prósperas aptas, por lo mismo, para reducir la dominación extranjera. Pero las «revoluciones» latinoamericanas han sido o bien de una tal virulencia que han arruinado lo que pretendían salvar (como la Revolución Mexicana de 1911, que duró diez años y terminó por mantener en la pobreza a los campesinos que fueron su razón de ser); o bien de un verbalismo que disimula bajo un «lenguaje social» una incompetencia generadora de súbito desastre, como el

---

(3) Saúl Yurkievich: «Los tanteos mánticos de Julio Cortázar», *Revista de Occidente* número 131, Madrid (febrero 1974), p. 158.

(4) *El Día*, México, D. F. (abril 4 de 1973).

(5) El calificativo «subdesarrollo» se usa generalmente para aludir a aspectos económicos y tecnológicos, aunque para Cortázar no excluye lo literario: «Una de las pruebas del subdesarrollo de nuestros países es la falta de *naturalidad* de sus escritores; la otra es la falta de humor, pues éste no nace sin naturalidad... Nosotros, tímidos productos de la autocensura y de la sonriente vigilancia de amigos y críticos, nos limitamos a escribir memorias vicarias, asomándonos a lo Frégoli desde nuestras novelas.» *(La vuelta al día en ochenta mundos*, 4.ª edición, México: Siglo XXI, 1968, p. 13).

(6) «Creemos, con René Guénon *(Symboles fondamentaux de la Science Sacrée)*, que el simbolismo es una ciencia exacta y no una libre ensoñación en la que las fantasías individuales pueden tener libre curso'». Juan E. Cirlot, *Diccionario de Símbolos* (Barcelona: Labor, 1969), p. 9.

«socialismo peruano» de 1969-74, o como el «justicialismo» de Perón, quien hace veinte años arruinó a una velocidad asombrosa y, según parece, irremediable, la economía más próspera de Latinoamérica; o bien, como la Revolución Cubana, que no ha hecho más que trasladar un país de la dominación norteamericana a la satelización soviética (7).

En *Libro de Manuel,* la Joda «colinda con la ideología del *happening*» (8) y muestra elocuentemente el fracaso de la verdadera revolución. Sus integrantes, al igual que los personajes de anteriores novelas de Cortázar, caen debilitados por su viciosa y enmarañada dialéctica y por lo desordenado e impreciso de su accionar, generalmente rayano en lo absurdo. Estas actitudes describen a un grupo de seres desubicados, solitarios e incomunicados, porque «los personajes cortazarianos son exiliados, de paso por todas partes y rumbo hacia ninguna... desarraigados y dominados por un afán de autoafirmación y una desmedida sed de respuestas absolutas» (9).

Pero la síntesis de ese conjunto de conflictos, denuncias e inquietudes planteadas en *Libro de Manuel,* está encarnada en tres aspectos sobresalientes de la personalidad del rabinito Lonstein:

1) Su declarado hábito por la masturbación, como resultado de sus fracasados intentos de integrar su pareja; 2) su obsesivo y metódico pasatiempo paracientífico, consistente en el aislamiento y cría de un hongo, y 3) su macabra ocupación de lavacadáveres en una morgue parisiense. Estos aspectos encierran un simbolismo muy significativo que relaciona, de manera elocuente, a Lonstein y su circunstancia, con la realidad hispanoamericana.

Y siendo tales aspectos el resultado de hondas vivencias conflictivas, la lengua que los expresa es igualmente conflictiva; una nueva lengua, simbólica, subjetiva y compacta (10), diferente del glíglico de la Maga, en *Rayuela.* Ese lenguaje no es, al principio, entendido por los miembros de la Joda: «Ya está —dice Lonstein—, también vos te negás a comprender mi escalada a un lenguaje simbólico que se

(7) Jean-François Revel, prólogo a la obra de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario: mitos y realidades de América Latina* (Caracas: Monte Avila), 1977, pp. 17-18.

(8) Yurkievich, p. 160.

(9) Juan Carlos Curutchet: *Julio Cortázar o la crítica de la razón pragmática,* Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 85.

(10) «Lonstein es el jugador del lenguaje; lo somete a una constante manipulación (lúdico-fonética, humorístico-semántica), lo transmuta, lo anglifica, lo galiga, lo abrevia, lo descompone y recompone en una ejercitación que lo desautomatiza». (Yurkievich, p. 161).

Agreguemos que el lenguaje de los personajes de *Libro de Manuel* es el coloquial rioplatense, que Cortázar «reelabora, lo intelectualiza, atenúa su regionalismo, lo vuelve políglota y empuja a fondo por el lado picaresco, humorista, gráfico, expresivo. Irreverente con respecto a toda normativa purista y académica, lo desinhibe, incrementa su vivacidad. El lunfardo es su catapulta, el abridor de posibilidades lingüísticas... Este lunfardo recreado no es un rasgo naturalista, es una idiosincrasia» (Yurkievich, p. 165).

pueda aplicar más allá o más acá de las ciencias, digamos una fortrán de la poesía o de la erótica» [LM, 199]; aunque más tarde «todos han terminado por entender, cosa que a veces no parece gustarle demasiado» [LM, 33]. Sin embargo, «las palabras made in Lonstein nunca fueron un juego aunque nadie hubiera podido saber a qué tendían, defensa o agresión, para mí contenían de alguna manera la verdad de Lonstein, eso que era Lonstein, pequeño y bastante sucio y cordobés trashumante y autoconfesadamente un gran masturbador y amigo de experimentos paracientíficos, violentamente judío y criollo, fatalmente miope» [LM, 33].

Lonstein no es solamente el humorista subversivo de la Joda, sino también su poeta, idealista y alquimista (11). Su lucha se desarrolla entre la frustración por no lograr una relación madura con su pareja y el escapismo compensador que le ofrece el autoerotismo. Existe, pues, una relación de correspondencia entre *relación madura, verdadera revolución* y *solución socialista,* que contrasta con el *autoerotismo* (masturbación y onanismo), *la Joda* y el *colonialismo-gorilismo.* Si la *madurez-revolución-socialismo* representa los ideales y objetivos de lucha, entonces el *autoerotismo-Joda-colonialismo-gorilismo* es el indicador del subdesarrollo hispanoamericano.

Lonstein es el producto de un medio ambiente saturado (12) de autoerotismo (13), que, al aceptar su condición con valentía, expone sus razones sin prejuicios. Su declaración es un grito de denuncia

(11) Aunque Lonstein lo *es a su manera,* los verdaderos revolucionarios hispanoamericanos han sido mezcla de poeta, idealista y adquimista, en proporciones variables. Algunos de los *más grandes comprendieron con inmenso dolor que habían estado arando en el mar:* Bolívar, San Martín, Duarte, Martí, Sarmiento... «Che» Guevara... Por otra parte, «no es un azar que Zapata, figura que posee la hermosa y plástica poesía de las imágenes populares, haya servido de modelo una y otra vez a los pintores mexicanos. Con Morelos y Cuauhtémoc es uno de nuestros héroes legendarios. Realismo y mito se alían en esta melancólica, ardiente y esperanzada figura, que murió como había vivido: abrazado a la tierra». (Octavio Paz, *El laberinto de la soledad,* México, Fondo de Cultura, 1973, p. 128).

(12) La *saturación* se refiere a la crónica desorganización de los sistemas e instituciones gubernamentales, así también como a la arbitrariedad en el cumplimiento y aplicación de las leyes. No es raro que uno de los miembros de la Joda se refiera a Hispanoamérica como el «continente de Cristóforo Quilombo» (LM, 250). Digamos que la palabra quilombo forma parte del habla popular rioplatense, y significa «prostíbulo... Del afronegrismo *quilombo,* que designó en Brasil al refugio de los negros cimarrones». (José Gobello, *Diccionario Lunfardo,* Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1977, p. 180).

(13) Asociada con el autoerotismo está la argentinidad de los personajes de Cortázar, quienes con mayor o menor afrancesamiento son un producto particularmente bonaerense. Y es así como ese hombre de Buenos Aires «salió herido de un incurable erotismo imaginativo en que el deseo subyuga toda posesión, erotismo imaginativo que con callado aguante lleva a cuestas y que se devana en sentimientos y en ideas dispersas de una originalidad tan renovadora de artificios y elástica de aquilatamiento que de ella quizá fluya toda una nueva concepción de la vida». (Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera,* Buenos Aires: Plus Ultra, 1974, p. 124). Pero esa actitud de gran riqueza intelectual y emotiva, se transforma en crónica frustración, porque «el Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque millonario en reservas sexuales y apetecedor de ellas, es caballero de amistad y no de amor. El amor es entrega, cesión de destinos, y el Hombre de Corrientes y Esmeralda, demasiado leal con su propia vida, no la confía enteramente a nadie». (Scalabrini Ortiz, p. 65).

contra la hipocresía de una sociedad autofracasada: «La paja (14), por ejemplo, yo sé que a todos les da bronca que yo me declare pajero, les gustaría un poco de decoro, de discreción, y vos seguro que sos como todo el mundo» [LM, 206]. El porqué Lonstein se masturba hay que buscarlo en sus fracasados intentos por entablar y mantener una relación heterosexual madura:

> Estamos en que no se trata de saber por qué me masturbo en vez de cojer (15), sino agarrar la cosa por el mango, sin alusión sicalíptica... Soy un caso extremo aunque nada insólito, es decir, que no conseguí integrar la pareja... Hasta hice la prueba con un cartero que me traía *Sur*... Resultado, la seguridad de que jamás podría vivir en pareja con mujer o con hombre, y que a la vez las mujeres me hacían falta en la amistad y en la cama. El cartero salió paradigmáticamente de mi vida porque la experiencia en vivo me mostró que no me interesaba la relación homosexual [LM, 207].

Yolanda es el último intento de Lonstein de formar pareja. El rabinito acepta la relación de mutua dependencia entre los sexos, pero plantea un cambio drástico en las relaciones entre hombre y mujer: la abolición paulatina del lenguaje, la acción sobre la emoción y la búsqueda de otro tipo de intercomunicación, más natural, directo, espontáneo y exento de hipocresías y convencionalismos.

> La cuestión es que quise ver si preservábamos la pareja sin siquiera decirnos buenos días, reconocé que en la idea había gérmenes de mutación antropológica. A lo mejor todo podía renacer espontáneamente y a fuerza de vernos veríamos cómo realmente éramos, pero entre tanto ese departamento parecía un teatro de títeres como uno saliendo y otro entrando... Fijate que lo sexual lo habíamos interpretado de la única manera posible en ese tiempo, es decir, que para el amor hacíamos falta dos [LM, 209].

Sabiéndose incapaz de resolver esa situación, Lonstein declara la validez de su autoerotismo libre de culpa:

> Yo empecé a masturbarme organizadamente, ya no como cuando chiquilín. Ahora había otras experiencias bien vividas, un conocimiento total de los límites del placer, de sus variantes y sus bifurcaciones; lo que muchos toman y sobre todo fingen tomar por un «ersatz» del erotismo en pareja comenzó a convertirse poco a poco en otra obra de arte. Aprendí a hacerme la paja como quien aprende a dominar un avión o a cocinar bien, descubrí que era un erotismo válido a condición de no acudir a él como mero reemplazante [LM, 210].

---

(14) Término popular y grosero por *masturbación;* «del caló pajabar: tocar obscenamente. *Pajero:* masturbador». (Gobello, *op. cit.*, p. 154).

(15) En Argentina significa «ayuntarse carnalmente». (Gobello, p. 49).

La declaración de Lonstein pone al descubierto su naturaleza rebelde, disconforme, radicalmente solitaria e incomunicada. Tras su actitud masturbatoria (16) se oculta un individuo frustrado, que busca en el autoerotismo el vehículo salvador, el placer anestésico capaz de neutralizar la realidad alienante que lo rodea y sofoca; no quiere dirigir ni ser dirigido, porque él, al igual que sus compañeros de la Joda, es un anarquista (17).

Ninguno de ellos quiere arriesgar más allá del alcance de una cómoda discusión casera (18) entre familiares y amigos, entre café, cigarrillos, algunos tragos, y polémica y tiempo en abundancia. Nada de esto último nos sorprende, ya que una de las características más sobresalientes de los personajes de Cortázar es su alergia fulminante al trabajo. Horacio Oliveira y sus amigos, en *Rayuela,* son un grupo de pelandrunes (19) cuya única práctica sistemática consiste en mas-

---

(16) Si bien Lonstein cree haber descubierto la validez de su autoerotismo, «a condición de no acudir a él como mero reemplazante» (LM, 210), cabe recordar que la actitud masturbadora no está desprovista de objeto.

(17) El anarquista ocupa un sitial de preferencia en la narrativa de Cortázar, y sus dos máximos exponentes son Horacio Oliveira y el rabinito Lonstein. En general, el personaje anarquista, sea barojiano o arltiano, pesimista o apocado, o de armas tomar, es una de nuestras constantes literarias; muestra la actitud del español y del hispanoamericano ante el universo.

El nicaragüense Julio Ycaza Tijerino, en su obra *Perfil político y cultural de Hispanoamérica,* Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1971, p. 99, al referirse a los factores étnicos de la anarquía hispanoamericana dice que, «desaparecidos los grandes Libertadores, los teorizantes revolucionarios que los habían combatido a muerte se señorearon de los destinos de Hispanoamérica, jugándolos locamente en una orgía de doctrinarismos demagógicos. El republinismo democrático hispanoamericano ha sido el más largo y total ensayo de anarquización política y social realizado hasta ahora en la historia del mundo.

La anarquía republicana ocupa casi toda la vida independiente de nuestras naciones. Los intervalos los llenan las dictaduras personalistas de numerosos caudillos militares y civiles; dictaduras que no hicieron otra cosa que preparar nuevos períodos de anarquía sangrienta, volviendo odiosos a los pueblos todo principio de autoridad, exacerbando su furioso espíritu individualista y libertario, provocando la represalia y la venganza y destruyendo así toda consciencia de moral política en que poder fundamentar un sistema de organización social y un orden jurídico».

(18) «En ocasiones Cortázar se entusiasma con su don verbal, y el *Libro de Manuel* se vuelve un tanto palabrero. Como se observa desde *Los premios,* sus personajes tienen como principal y a veces única actividad en este mundo la de platicar. Todos hablan y hablan, pero lo que dicen es casi siempre importante, original o cuando menos incitado». (Salvador Barros, «Pasará lo mismo de siempre...», *Visión,* México, D. F., marzo 19 de 1973, p. 40).

(19) En el lunfardo rioplatense significa «holgazán» (Gobello, p. 162). Carlos Rangel (*Op. cit.,* páginas 262-264), al referirse al desprecio del latinoamericano por el trabajo, dice que «las consecuencias universalmente enervantes de las sociedades esclavistas se van a agravar en la América Española por factores especiales. 'Mientras el mundo entraba en la era de la técnica y empezaban a prevalecer los valores económicos, España expulsaba a los judíos y a los moriscos, y los cristianos limpios de sangre repudiaban la actitud laboriosa para no ser confundidos con los infieles.' A partir de por lo menos el siglo XV, se arraiga en la sociedad española ese 'desprestigio de las tareas intelectuales y técnicas, siempre sospechosas de semitismo.' Aún antes, 'el proceso de Reconquista trajo, sobre todo en Castilla, que asumió, desde el siglo X, el peso fundamental de la guerra antiislámica, un predominio del estamento religioso y caballeresco.' Es decir que el castellano se habitúa a que lo esencial de la vida sea guerrear y decir misa (o asistir a ella), mantenidos los hombres por el botín ganado en tierra de moros (como más tarde en América) y confiados en ganarse mejor la vida por la audacia personal, azarosa y libre que por la inserción mediocre en una sociedad estable y organizada. Lo mismo

turbarse el intelecto con la dialéctica de la inacción. Los miembros de la Joda, también guían sus pasos sobre esas mismas huellas; todos ellos son enemigos encarnizados de la disciplina, perseverancia, claridad de objetivos y acción organizada.

El microcosmos de Lonstein y la Joda es la síntesis natural del macrocosmos del fracaso hispanoamericano.

La denuncia de Cortázar consiste en mostrar la incapacidad crónica de nuestros «revolucionarios» para elaborar y materializar una auténtica e integral reforma social. Para ello magnifica y deforma personajes y situaciones, recurriendo a la ironía, el absurdo y lo grotesco, y así mostrarnos artísticamente algunos de los aspectos más significativos del laberinto de la realidad hispanoamericana.

La pública y atrevida confesión del rabinito Lonstein [LM, 207-210] es un manifiesto general y contemporáneo del *ars masturbandi.* Su exposición y argumentos desembocan forzosamente en la dialéctica onanista, ya que Onán constituye «uno de los tantos ogros mentales que nadie había podido liquidar» [LM, 218]. Por otra parte, «Lonstein no quería sacar a Onán a la superficie por el sólo placer de darle un estatuto legal o algo así, arrancar a Onán del apelmazamiento interior era matar por lo menos uno de los ogros e incluso más, metamorfosearlo con el contacto de lo diurno y lo abierto, desograrlo, cambiarle el triste pelaje clandestino por plumas y campanas» [LM, 218].

El paso del tema de la masturbación al del onanismo es inevitable y hasta necesario, no solamente por tratarse de dos actos correspondientes, aunque diferentes (20), sino porque es el resultado de cargas de rebelión y desafío contra la autoridad y el *establishment.* Además, Onán está en todos los hombres que no quieren asumir responsabilidades; está instalado en Lonstein, en los miembros de la Joda, y habita, como el Minotauro, las profundidades de la mente humana... «entonces yo abro la puerta y digo que todos somos Onán, al principio por razones obvias de infancia y después porque el placer solitario será todo lo imperfecto, unilateral, egoísta y sórdido que quieras, pero no es una falta ni sobre todo una negación de la virilidad o la feminidad, muy al contrario, pero ya aquí levantás la cresta y me mirás como si nunca te hubieras hecho la paja después de los catorce años, avestruz de mierda» [LM, 224].

---

que los hispanoamericanos, los españoles en sus momentos de sinceridad se reconocen poco inclinados al trabajo metódico y, según su humor, hacen de esto una virtud o un defecto ... Todavía hoy, en Hispanoamérica, el colmo del trabajo es trabajar *como un negro* o *como un cholo.*»

(20) Técnicamente el onanismo se refiere al «coitus interruptus» (véase «Génesis», XXXVIII, 7-10) y no a la masturbación. Sin embargo observamos que para Lonstein ambos términos son sinónimos.

Las palabras de Lonstein son una descarga de amargura e indignación; quisiera acabar de una vez por todas con tantos tabúes aberrantes, ídolos falsos y mitologías compensatorias..., quisiera poder desnudar públicamente a esa larga cadena de masturbadores y onanistas que han pululado y pululan entre dirigentes y dirigidos; caudillos, empleados públicos, secretarios generales, ministros, subsecretarios, coroneles, diputados, mercaderes, políticos, diplomáticos, y los millones de pasivos solitarios que callan, otorgan y duermen cómodamente su infinita siesta (21).

> Cabrón, cobarde, vos y todo el resto; y después quieren hacer la revolución y echar abajo los ídolos del imperialismo o como carajo los llamen, incapaces de mirarse de veras en un espejo, rápidos para el gatillo pero mierdosos como un helado de frambuesa (que son los que más odio) cuando se trata de la verdadera pelea, la espeleológica, esa que está ahí al alcance de cada estómago bien puesto [LM, 226].

Ese grupo revolucionario —cuyo nombre, «la Joda», lo dice todo— (22) parece tener por norma de combate el dejar inconcluso todo enfrentamiento con la realidad. Por esa razón, cuando sus integrantes se ven forzados a reaccionar concreta y oportunamente, lo hacen de manera inmadura y a destiempo; se comportan como verdaderos *eyaculadores prematuros.* Estos dos ingredientes, accionar a destiempo e inmadurez, son la sal y la pimienta que adereza la historia de la América Hispánica; historia de un grupo de países separados por una misma lengua y esencialmente ingobernables. Así, entre tanta verborragia e indecisión, cuando la circunstancia reclama acción responsable, precisa y disciplinada, el resultado no es solamente contradictorio sino anticipado, al igual que la independencia de la dominación española. Estos «revolucionarios» son incapaces de obrar en el momento oportuno, son seres *a destiempo;* «... pero qué querés, entre nosotros las cosas suelen hacerse como en los tangos, pura cuestión de cuernos y cojones y así nos va» [LM, 342]. Estos «reformadores» pagan con sus eyaculaciones prematuras el precio de una larga tradición de masturbación y onanismo, que los respectivos

---

(21) «Duerma usted tranquilo, la OEA vela su sueño» *(La vuelta al día en ochenta mundos,* p. 139). Esta ironía de Cortázar —gran conocedor del corrupto ambiente de las organizaciones internacionales— alude a la Organización de los Estados Americanos, también (y tan bien) bautizada *Ministerio de Colonias de los Estados Unidos.*

(22) El vocable *joder* viene del arcaísmo español *hoder,* «practicar el coito». *Joder,* en el lufardo rioplatense significa «molestar, fastidiar». Sin embargo, *la Joda* es «todo lo relativo a la homosexualidad masculina» (Gobello, p. 112). Cortázar, en su carta fechada en París, el 2 de febrero de 1979, nos dice que no conoce la relación de sentido *La Joda/homosexualidad:* «¡jamás oí esta palabra con esa connotación en la Argentina!»

establishments pregonan consistentemente como virtudes y orgullos nacionales.

No quisiéramos pasar por alto otros tres elementos igualmente importantes, contenidos en la serie de imágenes y símbolos del autoerotismo que aparecen en *Libro de Manuel:* el narcisismo, la homosexualidad y la impotencia. Los personajes de esta novela, al adolecer de una preocupación excesiva por sí mismos y una continua necesidad de autoafirmación, se ven absolutamente imposibilitados de organizar sus actos de manera madura y realista. Del narcisismo exacerbado viene la impotencia, mientras que la homosexualidad es el elemento latente que acecha, la carga a punto de estallar, la posibilidad erróneamente descartada..., la variante inesperada del machismo (23).

Debemos sumar a lo anterior un aspecto más de confusión: la compulsiva verborragia, tan divorciada del arte de saber oír y callar a tiempo. Todos estos seres son grandes charlatanes. Sin embargo, este ambiente cortazariano no es gratuito, ya que apunta a uno de nuestros mayores y más arraigados defectos, porque «bien se sabe que en las reuniones hispanoparlantes no se trata en absoluto de escuchar, sino de hacerse oír, herencia española ineluctable, con lo cual la única metodología posible es falsear como siempre la realidad y adaptar lo simultáneo a lo sucesivo con las presumibles pérdidas y errores de paralaje» [LM, 174].

Pero pese a todo, la Joda no es totalmente inauténtica; «es falsa a medias —dirá Lonstein— porque una vez más será un eslabón incompleto de una cadena igualmente incompleta, y lo triste es que muchachos macanudos como los que sabés se harán matar o matarán a otros sin haber mirado antes de verdad la cara que les propone el espejo de cada mañana» [LM, 226]. Tras este socrático *conócete a ti mismo* se encuentra el gran mensaje que la Joda y tantas otras Jodas hispanoamericanas no han terminado de aprender, porque son el producto de una sociedad adolescente (24).

---

(23) «Many men ... are afraid of the ever-present homosexual trends in themselves and fear the possibility that they may really be homosexuals and find that their indulgence in masturbatory acts confirms their worst fears» (David Cole Gordon, *Self-Love*, Baltimore: Pelikan, 1972, p. 37). No olvidemos que las cargas de impotencia y de homosexualidad, suelen encontrarse latentes en la urgencia constante por reafirmar lo propio masculino. Gregorio Marañón demuestra claramente esa posibilidad en *Don Juan*. Digamos que los homosexuales pululan en la narrativa de Cortázar. Citemos «Relato con un fondo de agua» *(Final del juego)*, «Los buenos servicios» y «las babas del diablo» *(Las armas secretas), Los premios* y *62: Modelo para armar.*

(24) Las palabras de Lonstein aluden a la necesidad del advenimiento de un hombre nuevo, capaz de edificar una duradera sociedad socialista; pero antes muchas vidas y esfuerzos serán sacrificados, algunas veces inútilmente. Esta idea coincidiría con la de Ernesto «Che» Guevara: «He emphazised the creation of a new socialist *man* in revolutionary Cuba even prior to archieving a full-fledged Communist society» *(Encyclopedia of Latin America*, ed. Helen Delpar, New York: McGraw Hill, 1974, p. 266).

El pasatiempo obsesivo y metódico de Lonstein es la cría de un hongo. Este singular vegetal se desarrolla hasta alcanzar su máxima expresión, rodeado de los cuidados casi maternales del rabinito, quien se enorgullece de sus lentos pero seguros adelantos: «Ah, che, me olvidaba, el hongo creció un centímetro y medio, va a ser cosa de que venga a verlo» [LM, 144]; «... y el hongo había crecido otros tres milímetros» [LM, 144]; «... la cinta de medir que Lonstein sacaba a pequeños tirones del estuche, la ponía paralela al *lapsus*... Exactamente dieciocho centímetros y dos milímetros» [LM, 181]; hasta que, finalmente, «había alcanzado veintiún centímetros a las cinco de la mañana en punto, y parecía dispuesto a plantarse ahí hasta nueva orden» [LM, 206].

El hongo de Lonstein es otro elemento simbólico de gran importancia dentro del texto y como proyección y significado del fenómeno hispanoamericano. Por otra parte ese hongo simboliza lo vital como esperanza de solución. Y también constituye una reiteración más del autoerotismo. En lo vital el hongo alude a la protección (su forma de paraguas abierto o de sombrero), reproducción (explosión demográfica), abundancia (recursos humanos y naturales), poderes mágicos (naturaleza mitológica) y soledad (incomunicación). En el aspecto erótico, el hongo, además de poseer forma fálica, tiene consistencia esponjosa, carnosa y gelatinosa semejante a la del pene. Los veintiún centímetros, alcanzados a las cinco de la mañana, parece aludir más a una natural y saludable erección matutina que a un hongo (25).

Pero lo erótico se transforma en autoerótico si tenemos en cuenta que Lonstein aisló ese hongo para criarlo en soledad y sombras, evitando así el contacto con los de su misma especie. Lonstein no quiere que el hongo se reproduzca, lo quiere observar en su soledad, aislamiento y silencio. Por lo tanto, ese hongo constituye una síntesis de las cualidades, ambiciones y frustraciones del rabinito y sus compañeros.

La dosis de optimismo que rodea la cría del hongo lonsteiniano (que básicamente se refiere a las esperanzas puestas en la revolución socialista), debe enfrentar circunstancias adversas que tienden a torcer el ideal: «el hongo se me está ladeando hacia la derecha y me parece un signo nefasto» [LM, 333]. No oculta aquí Lonstein su aversión por la nefasta derecha hispanoamericana, relacionada con la

(25) Cortázar, en su carta fechada en París, el 2 de febrero de 1979, nos dice: «Su estudio me parece excelente como enfoque de *Manuel*, pero para mí es obvio que algunas de las cosas que usted 'take for granted' no lo son en realidad. Le doy un ejemplo: la relación hongo/'una natural y saludable erección matutina', no me pasó jamás por la cabeza al escribir.»

reacción contraria hacia todo aquello que represente innovación. Porque a la hora de tomar decisiones sociopolíticas, no habrá opción; «la gran decisión, izquierda o derecha, por supuesto izquierda, dado que la naturaleza imita al arte» [LM, 351] (26). Entonces, cuando llegue el momento, «para nosotros, digamos para la Joda, todas las armas eficaces son válidas porque sabemos que tenemos razón y que estamos acorralados por dentro y por fuera, por los gorilas y los yankis o incluso por la pasividad de esos millones que esperan siempre que los otros saquen las castañas del fuego» [LM, 262]. Al final de la novela, el rabinito Lonstein se lamenta: «el hongo... se me desmejora» [LM, 382], porque el hongo ya se había convertido en una especie de indicador simbólico de la sociedad hispanoamericana.

EL LAVACADAVERES

La macabra ocupación de Lonstein —lavar cadáveres en una morgue parisiense— agrega una nueva y significativa dimensión interpretativa al simbolismo de la muerte. En el párrafo final de la novela, el rabinito Lonstein, con actitud rutinaria y sobradora,

> llenó despacio la jarra de agua y la puso sobre una de las mesas vacías; estaba solo en la sala tres... Sin sacarse el pucho de la boca, se acercó al muerto tendido en la mesa cinco y levantó la sábana. Estaba tan acostumbrado a desvestirlos que no tuvo dificultad para sacarle el saco pegoteado, bajarle los pantalones, convertirlo en un cuerpo que la esponja y el detergente lavarían hasta dejarlo blanco y puro, toda huella de historia ya borrada, toda mancha negruzca suprimida, toda baba enjugada [LM, 386].

Así, transformado en alquimista, Lonstein comienza la ceremonia póstuma de purificación de la realidad interior e inmaterial (27), como queriendo borrar una larga y dolorosa historia de quimeras, frustra-

---

(26) «Vanguardia artística y vanguardia política deben ser para Cortázar una sola» (Yurkievich, p. 161).

(27) «Según Oswald Wirtz, 'en alquimia, el sujeto ennegrecido, luego muerto y podrido, es sometido a la ablución, operación que utiliza las lluvias progresivas procedentes de la condensación de los vapores que se desprenden del cadáver por la acción de un fuego exterior moderado, alternativamente activado y rebajado. De estas lluvias reiteradas, resulta el lavado progresivo de la materia, que pasa del negro al gris y progresivamente al blanco. La blancura señala el éxito de la primera parte de la Gran Obra. El adepto no la alcanza, sino purificando su alma de todo lo que la turba comúnmente' (*Le Tarot des imagiers du Moyen Age*, París, 1927). El lavado, pues, simboliza menos purificación del mal objetivo y exterior, que el de los males subjetivos que pudiéramos llamar 'particulares'. Resulta obvio agregar que esta purificación es mucho más difícil y dolorosa, puesto que lo que se trata de destruir forma nudo con la propia existencia, sus razones vitales e impulsos espontáneos. Este es el 'niégate a ti mismo' necesario para el verdadero progreso moral, alegóricamente explicado en la fase descrita del proceso alquímico» (Cirlot, *op. cit.*, «Lavado», p. 281).

ciones y fracasos. A medida que el ritual avanza, el cadáver parece cobrar vida, como si se tratara de una muerte aparente; «como si irónicamente lo divirtiera ver trabajar al rabinito, dos rayas de luz se filtraban entre los párpados, la cabeza en la almohadilla de goma daba la impresión de enderezarse un poco para mirarlo mejor, para tomarle lentamente el pelo» [LM, 386]. Pero Lonstein no teme; está totalmente seguro que lo que tiene delante es, definitivamente, un cadáver, aunque los ojos abiertos le den a éste una última limosna de vida. «Jodé nomás, pensó Lonstein, nada te habrá cambiado hermanito. En todo caso no seré yo quien te cierre los párpados, que lo haga el que te meta en el cajón. Seguí tranquilo, hay tiempo» [LM, 386].

Esta última reflexión de Lonstein deja abierta la posibilidad del descubrimiento de una realidad trascendente, no exenta de desaliento y pesimismo. Esa realidad ahí, frente a él, es una experiencia intransferible y, por lo tanto, condenada a la soledad e incomunicación: «Mirá que venir a encontrarnos aquí, nadie lo va a creer, nadie va a creer nada de todo esto. Nos tenía que tocar a nosotros, clavado vos ahí y yo con esta esponja, tenés tanta razón, van a pensar que lo inventamos» [LM, 386].

Lava que te lava, Lonstein borra de cada cadáver las huellas de nuestra historia; historia de labriegos idealistas que, por distintos caminos, araron igualmente en el mar. Ceremonia tras ceremonia, el rabinito se convence que ese acto tan engañoso como inútil, esconde una mentira nueva, una razón adicional de lo inauténtico. Y así, pacientemente, Lonstein va concluyendo su macabra tarea, presintiendo que quizá desde una morgue francesa similar a esa, se importaron a Hispanoamérica cargamentos de ilusiones, ideales revolucionarios, anhelos de reforma, modelos culturales, y tantas otras modas que nos quedaban sumamente holgadas y fuera de temporada.

CONCLUSION

Libro de Manuel marca el comienzo de una activa militancia política de Julio Cortázar, quien está convencido que el socialismo es la única tabla de salvación de los pueblos de Hispanoamérica. Pero del *ars masturbandi* expuesto por Lonstein, a la verdadera revolución socialista idealizada por Cortázar, se interpone un profundo y tenebroso abismo. Y así, del *ars masturbandi* a la «revolución» es el espacio crítico de la acción a destiempo, de las ideas impracticables, de la inmadurez infinita, del autoerotismo crónico, de los imponderables decisivos, del ir y venir a contramano, del caos por el caos..., de

la interminable soledad e incomunicación de un grupo de países separados por una misma lengua.

Libro de Manuel es un texto insolente y despiadado porque nos enfrenta al desnudo con «el gran tabú» del subdesarrollo de la América Hispánica. Nos hace sentir incómodos, claro está, y por momentos nos parece que Lonstein-Cortázar nos abre de un empujón la puerta sagrada de nuestra intimidad para sorprendernos infraganti.

El *ars masturbandi* es un significativo manifiesto del autoerotismo, tan fuertemente arraigado en cada uno de los aspectos culturales hispanoamericanos y, en grado alarmante, en lo ideológico, político, social, económico y administrativo. El autoerotismo lonsteiniano se proyecta dramáticamente en el hongo, y éste en la muerte, por el sendero de la soledad y la incomunicación. Igual suerte corre la revolución que persigue la Joda, porque es inmadura y se ha gestado en un medio saturado de masturbación y onanismo.

Queda así formado el triángulo de vértices MASTURBACION-HONGO-MUERTE, cuyos lados AUTOEROTISMO-REVOLUCION (LA JODA)-SOLEDAD E INCOMUNICACION siguen irremediablemente la dirección del FRACASO (véase fig. 1).

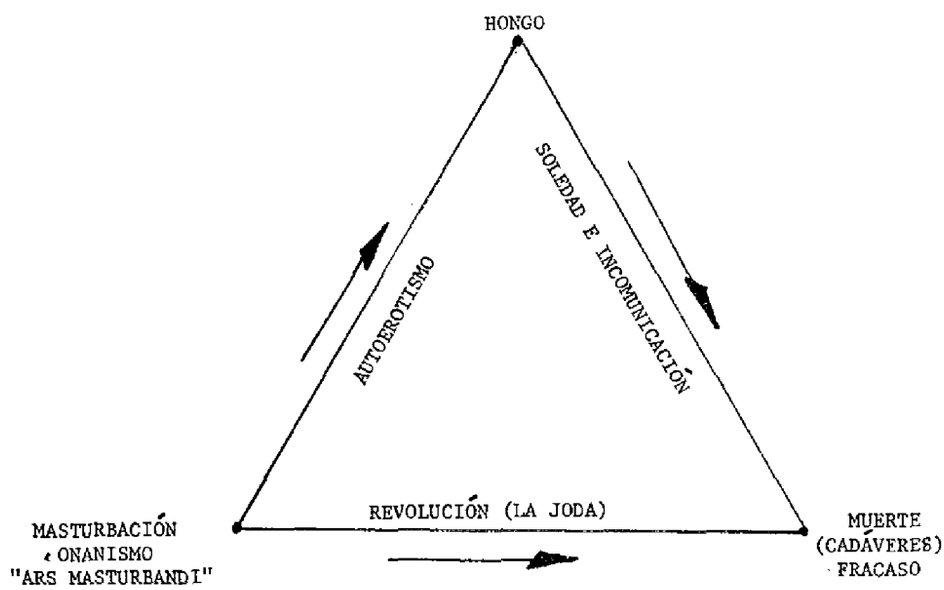

Figura 1

Este triángulo representa la denuncia simbólica de *Libro de Manuel;* la otra, la concreta, es la colección de notas y artículos periodísticos sobre insurrección y represión en Latinoamérica, que integran el álbum que heredará el pequeño Manuel.

El por qué Cortázar eligió al judío Lonstein y su circunstancia, como eje motor de esta novela, y proyectó su caso ideal de la revolución socialista en un grupo de seres desubicados e inmaduros, radicalmente escépticos y finalmente desilusionados, es materia de re-

flexión. Nosotros ofrecemos una síntesis gráfica que destaca el juego de la comparación de opuestos. Así, tenemos que a las tres poderosas fuerzas que mueven y sacuden a Hispanoamérica —la iglesia católica, el imperialismo norteamericano y el marxismo—, Cortázar contrapone la personalidad del judío Lonstein (especie de mesías que viene a lavar el pecado original de la América Hispánica e inmolarse al confesar públicamente que es «el gran masturbador»), el ideal de la verdadera y salvadora revolución socialista (28) (simbolizada por el hongo lonsteiniano), y la actitud anarquista de Lonstein y sus compañeros de la Joda. La disposición de estos elementos y sus opuestos (véase fig. 2), nos sugiere la posibilidad de que ese ideal cortazariano se apoye en el modelo del Kibutz (29).

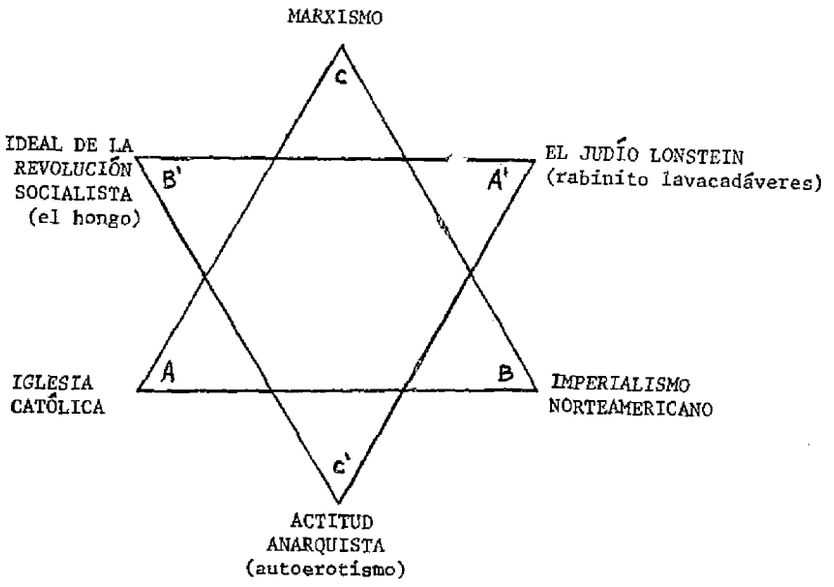

Figura 2

Hasta el presente la crítica, especialmente la que opera en Hispanoamérica, no ha prestado mayor atención a *Libro de Manuel*. Como

(28) Las muchas veces que aludimos a la *verdadera revolución* lo hicimos pensando en una *reforma integral*, que afectara todos los órdenes de la vida hispanoamericana; no solamente lo político, económico, tecnológico y social, sino que apuntara a la recuperación del hombre hispanoamericano en su totalidad. Porque si bien «la subversión revolucionaria se yergue contra el orden punitivo y censorio, no se contenta con cambiar el sistema económico y social, debe desflorar el idioma, abolir las represiones, acabar con la conciencia pecaminosa y policíaca.» Más aún, «si preconiza recuperar la integridad humana, no puede dejar de lado *la plenitud corporal. La revolución será también erótica, una superación de los dualismos* y antagonismos sexuales, una reconquista de la libertad amorosa, una reunificación de los cuerpos con el universo. Desde *Rayuela*, Cortázar avanza en su empeño por naturalizar verbalmente el erotismo, por imponer en el solemne sagrario de la letra impresa un vocabulario sexual ni científico ni eufemístico; quiere destrabar la lengua castellana de su puritana tiesura, de su represiva parquedad, de su anacrónica pobreza en cuanto a registro erótico» (Yurkievich, páginas 163-164). Para el estudio del erotismo en la narrativa de Julio Cortázar, referimos al lector a: Antonio Planells, *Cortázar: Metafísica y erotismo* (Madrid: José Porrúa Turanzas, 1979).

(29) Esta idea aparece en «La autopista del Sur» *(Todos los fuegos el fuego)*, en donde se sugiere la vuelta a la forma comunitaria de vida; la tribu, el kibutz.

se esperaba, este texto ha sido condenado a la hoguera por el oficialismo militarista (30), enemigo incuestionable de la libertad de expresión. Sin embargo, no queremos excluir los casos de miopía, olvido, indiferencia y timidez, tan comunes ante aspectos temáticos como el que nos ha ocupado. Lo cierto es que *Libro de Manuel* está ahí, en un rincón, quedó en la penumbra y esperando. Oímos su latido a plazo fijo y sabemos que —de un momento a otro— puede estallar.

ANTONIO PLANELLS

Howard University
WASHINGTON D. C.
USA

(30) Igual suerte corren los textos del peruano Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros* (1962) y *Pantaleón y las visitadoras* (1973), por citar algunos.